

mana se confundió con los interesados elogios que la secta filosófica prodigaba sobre esta tumba aun entreabierta, un Jesuita, el P. de Cordara, escribía esta página, aun inédita, en sus *Comentarios sobre la supresion de la Compañía*. “Así terminó su vida Clemente XIV, así concluyó su breve pontificado. Este papa, si así me es permitido esplicarme, mas desgraciado que culpable, hubiera sido admirable si hubiera alcanzado mejores tiempos; porque era recomendable por muchas buenas cualidades; tenia saber y virtudes, y en él se encontraba una sagacidad profunda, principal mérito de un príncipe, á mi parecer. Aunque sublimado á la cumbre de los honores, se halló dotado de una sabiduría verdadera, y de una singular moderación. Dulce, afable, bueno, de carácter siempre igual, y jamás precipitado en sus consejos, no se dejaba arrastrar á los excesos de un inmoderado celo. De la dignidad con que se hallaba revestido, la mayor que hay sobre la tierra, no parecia tomar sino en el lujo exterior que le rodeaba, y los cuidados del gobierno que á aquella van anexos.

“Viendo á los príncipes imbuidos en las opiniones de Febronio, y llenos de preocupaciones sobre la autoridad del soberano pontífice, creyó detener sus proyectos haciéndose á sí mismo, como igualmente á la Iglesia, dos graves heridas. La primera fué la destruccion de nuestro instituto; la segunda, mas profunda aun, y mas difícil de curar, la supresion de esa constitucion tan antigua y venerable á la vez que se llamaba la bula *in cæna Domini*. Ella sola constituia la fuerza de la Santa Sede, y la sostenia en pié á la faz del universo católico. Estas dos medidas perpetuarán el recuerdo del pontificado de Ganganelli, pero este recuerdo será siempre acompañado de lágrimas y dolor. ¿Acaso otro papa, que no fuese él, y que hubiera vivido en tan malos tiempos, hubiera obrado de otro modo? ¿Quién lo sabe! Nadie duda que el papa, como pastor supremo, tiene un poder soberano y legítimo sobre todo el rebaño y sobre los reyes mismos que son hijos de la Iglesia; pero puede ejercer este poder cuando los príncipes le combaten y declaran la guerra? En estos tiempos desgraciados, el poder de los reyes supera mucho al de los papas. En una palabra, si Ganganelli obró mal, al ménos es preciso pensar que una mala intencion no acompañó á sus obras.

Otro Jesuita, el P. Luis Mozzi, en una obra que, en esta época obtuvo gran boga en Italia, no guarda ménos respeto á la memoria

tumbra, que jamás habia provocado reclamacion alguna. Sus amenazas no produjeron resultado alguno, pero hemos querido leer el *sermon de S. Pedro*, la *comedia del Cónclave*, y demas sátiras hijas de las circunstancias; y despues de haberlas comparado con otras semejantes anteriores á esta época de 1775, debemos confesar que hay mucha menos amargura y mas verdad en el *sermon de S. Pedro* y en la *comedia*, que en muchas composiciones de ese mismo género.

de Ganganelli. “Se sabe, dice este (1), que Clemente estaba dispuesto aun á renunciar el pontificado ántes que llegar á esta extremidad; lo declaró muchas veces, y sin embargo llegó á ella. ¿Pero quién es el que conoce, como se debe, el momento, la manera y la causa? ¡Oh hijos míos! Caros amigos de la Compañía que no existe: honrad el recuerdo de un pontífice, que no es tan indigno de vuestro aprecio para que deje de merecer toda vuestra compasion. Tened un poco de paciencia, todo se sabe, pero no todo se puede decir. El tiempo favorable aun no ha llegado para vosotros; vendrá, y hará olvidar los anteriores. Tengamos confianza en Dios, y seámosle siempre fieles. Dios solo nos debe justificar. Reflexionemos en las consecuencias de nuestra supresion, en los acontecimientos que sobrevienen cada dia, y juzguemos si podia tener lugar de una manera mas admirable.”

He aquí la última palabra de los Jesuitas sobre Clemente XIV. Ella reasume los actos de su vida, y los aprecia bajo el punto de vista, de la caridad sacerdotal y quizá de la estimacion personal. Es á la posteridad á quien toca decir si la es permitido ratificar ese juicio. Esta comienza hoy dia solamente por Ganganelli, ya que los elogios interesados con que ha sido manchada su memoria, y las suposiciones que se han alzado contra él, se encuentran al presente aclarados; y así se ve, que si hasta aquí su nombre ha sido respetado y protegido, es á los Jesuitas á quien debe los últimos honores de la historia. Los enemigos de la Compañía se guardan muy bien de tributarle este homenaje. “La persona del soberano pontífice, así se expresa Gioberti (2), cesa de ser inviolable para estos humildes religiosos, en el momento en que se les presenta un poco hostil, y Lutero habla de los papas de su tiempo de una manera ménos reprehensible que la que lo hicieron ciertos escritores de la secta respecto del *intemerato Clemente*, porque este gran pontífice se atrevió á preferir el reposo de los Estados, el bien de la religion, la tranquilidad, la seguridad y la gloria de la Iglesia, á las ventajas de la Compañía.”

Hemos probado que este quintuplo objeto jamás fué conseguido; fué propuesto á Ganganelli bajo un aspecto engañoso, y se dejó seducir por él. Sus sufrimientos morales sobre el trono, las ansiedades de su vida como papa, la desesperacion en su muerte, todo revela que el *intemerato Clemente* no es grande á los ojos de los enemigos de la Iglesia, sino porque fué debil delante del Señor.

No tuvo sino un amigo, un conventual como él, ese padre Buontempi á quien los filósofos y los cardenales de las coronas, así como los embajadores adularon tanto para dominar mejor al pontífice.

(1) *I progetti dell'increduli a danno della Religione, disvellati nelle opere di Federico il Grande*, p. 103 (Assisi. 1791).

(2) *Prolegom, del primato*, pag. 192.

Apenas cerró sus ojos Clemente XIV, Buontempi, según dicho de sus cómplices, evitó con la huida las graves reconvenções que su conducta mereció. "Este indigno Buontempi, es aun Gavazzi el que cuenta el hecho á Pagliarini, este indigno Buontempi, repito, que se decia confesor del papa, ha huido llevando consigo todos los papeles que pertenecieron al santo padre (1)."

Seis dias despues de esta muerte, el cardenal de Bernis, que necesitaba prevenir al jóven rey Luis XVI contra los Jesuitas, escribia al ministro de negocios extrangeros: "La clase de enfermedad del papa, y sobre todo, las circunstancias de su muerte, hacen creer comunmente que este fallecimiento no ha sido natural.... Los médicos que han asistido á la autopsia del cadáver se expresan con prudencia, y los cirujanos con alguna ménos circunspeccion. Vale mas atenerse á la relacion de los primeros, que tratar de esclarecer una verdad demasiado triste, y que quizá seria inoportuno ó peligroso descubrir."

El 26 de Octubre, las sospechas que ha dejado entrever, se confirman en su mente, y quiere trasmitirlas á la del rey. Dirigiéndose, pues, al ministro le dice: "Cuando todos lleguen á instruirse como yo lo estoy por los documentos verdaderos que el difunto me comunicó, entónces si que se encontrará la supresion justa y necesaria. Las circunstancias que han precedido, acompañado y seguido á la muerte del último papa excitan igualmente el horror y la compasion.... Comparo actualmente las verdaderas circunstancias de la enfermedad y muerte de Clemente XIV, quien como vicario de Jesucristo, oró como el Redentor por sus mas implacables enemigos, y llevó su delicadeza de conciencia hasta el punto de no dejar escapar de su boca, sino muy remotamente las crueles sospechas con que se hallaba devorado pasada la semana santa, época de su dolencia. No pueden disimularse al rey ciertas verdades, que por amargas y tristes que sean, quedarán consagradas por la historia."

Los filósofos conocian la correspondencia de Bernis, y sabian las suposiciones que abrigaba; estaba, pues, en su interés el propagarlos. D' Alembert trata de infundir miedo á Federico II con la terrible milicia que, despues de haber enseñado la doctrina del regicidio, se atreve á evocar Locustos hasta bajo las bóvedas del vaticano.

(1) Esta huida y este robo, de que se acusa al cardenal Buontempi por Gavazzi, explicará muy bien, cómo han podido conservarse las cartas del cardenal Malvezzi al papa Clemente XIV. El *Journal historique et littéraire de Feller* (Septiembre 1775, p. 373, t. c. X., lib. II), declara que Pio VI, ántes de dejar el vaticano, quemó por su propia mano todos los papeles de su predecesor. Pero, si creemos á Gavazzi, quien por conducto del cardenal Malvezzi, debia saber todas las intrigas mas secretas del palacio, Buontempi puso á buen recaudo esos papeles. El cardenal Malvezzi se encontraba no poco comprometido con esta correspondencia, para dejar de seguir la huella. El epíteto de indigno, aplicado al P. Buontempi es otro signo de la cólera que pasó por el arzobispo de Bolonia.

El 15 de Noviembre de 1774, el rey de Prusia tranquiliza en estos términos al sofista francés (1): "Os ruego, le dice, que no deis crédito tan ligeramente á las calumnias que se hacen correr contra nuestros buenos padres. Nada mas falso que la voz que se ha extendido del envenenamiento del papa. Este se apesadumbro mucho con ver que al anunciar á los cardenales la restitution de Aviñon, ninguno le felicitó por ello, y que una noticia tan ventajosa á la Santa Sede, fuese recibida con la mayor frialdad. Tambien parece que una jóven profetizó que seria envenenado cierto dia; y creéis vos que esta jóven estuviese verdaderamente inspirada? El papa no ha muerto á consecuencia de esta profecía, sino de una reséccion general de jugos. Su cadáver ha sido abierto, y no se ha encontrado el menor indicio de veneno. Muchas veces se habrá acusado á sí mismo por la debilidad que ha tenido en sacrificar una Orden como la de Jesuitas, al capricho de sus hijos rebeldes. Su honor tetrico y susceptible empeoró los últimos años de su vida, y esto ha contribuido á abreviar sus dias."

Bernis invoca la conciencia futura de la historia (2); la historia ha hablado como Federico II. Los mismos protestantes lo han escrito bajo el influjo de sus prevenciones anti-jesuiticas, y en sus mas íntimas correspondencias, los que cooperaron mas eficazmente á la destruccion de los Jesuitas no temen confesar lo mismo que el rey de Prusia. En su carta del 29 de Septiembre de 1774 á Pagliarini, Gavazzi, una de las almas condenadas, de Malvezzi, deja escapar estas palabras que son una revelacion: "Nuestro santo padre Clemente XIV, de gloriosa memoria, muerto como lo dice todo el mundo, á causa de sus padecimientos y no por veneno, como algunos han querido decir." Lo que Federico II proclamaba en alta voz, los enemigos del instituto se lo escriben entre sí en el

(1) *Œuvres philosophiques de D' Alembert*. Correspondance, t. XVIII.

(2) Un escritor italiano, Beccatini, refiere en su *Historia de Pio VI*, los diferentes rumores que corrieron en Roma y en el mundo cuando la muerte de Clemente XIV, y despues añade: "Al presente, nadie sostiene esa hipótesis, y aun el cardenal de Borais, á pesar de haber sido de los que creyeron en el envenenamiento, ha confesado despues, no pocas veces, que ya no creia nada de eso. (*Storia di Pio VI*, t. I, pág. 31.)"

Cancellieri, uno de los mas distinguidos sabios de Italia, que murió en 1826, confirma, en las páginas 409 y 515 de su *Storia di solenni possessi dei summi Pontifici*, el relato de la muerte natural de Clemente XIV, y dice así: "Que á causa de la acritud y de la corrupcion de los humores en el cadáver del papa difunto, no pudo ser expuesto al público con los pies descubiertos, en los tres primeros dias, según costumbre."

El conde José de Gorini, este escritor milanés que abrazó con tanto ardor la causa de la revolucion francesa y que fué un enemigo tan constante y tan marcado de la Iglesia y de los Jesuitas, niega terminantemente el envenenamiento de Clemente XIV. En sus *Memorias secretas y críticas de las cortes y de los gobiernos de la Italia*, rechaza con toda su fuerza esta fábula.

BIBLIOTECA CENTRAL

11111
50000

secreto de su odio; secreto que hoy día penetramos, si paso á paso en sus comunicaciones inéditas, y la historia retifica esa falsedad convencional. Ella disculpa además á los padres de la Compañía, del crimen que Bernis quiere atribuirles; y por mas que se esfuerce en apoyarse en el testimonio mas ó ménos circunspeto de los facultativos, el testimonio de éstos le condena. Los doctores Noel Salicetti y Adinolfi, el primero médico del palacio apostólico y el segundo médico de cabecera del papa, describieron en una certificación circunstanciada, las causas y los efectos de la enfermedad de Clemente XIV. Esta, despues de firmada, fué puesta en manos del prelado Archinto, mayordomo de Ganganelli, y este documento, fechado en 11 de Diciembre de 1774, concluye en todas sus partes en favor de una muerte natural, y termina así: "Nada hay de extraño en que despues de veintiocho ó treinta horas se hubiesen encontrado las carnes en estado de putrefaccion. Es indudable que por entónces el calor era excesivo y que soplabá un viento abrasador, capaz de producir y de aumentar la corrupcion en muy poco tiempo. Si entre la confusion y tumulto que causó en toda la poblacion este desagradable suceso, se hubiera fijado la atencion en el efecto que produce el viento de mediodia sobre los cadáveres, aun los embalsamados, como ordinariamente lo están los de los soberanos pontífices, al tiempo de la abertura y diseccion de todas las partes examinadas con detenimiento y vueltas luego á colocar en su sitio natural, no se hubieran extendido por el público tantos rumores falsos, ya que el populacho es naturalmente inclinado á creer lo maravilloso y las opiniones mas extraordinarias."

"Hé aquí nuestro parecer respecto de esta enfermedad mortal que principió lentamente, duró largo tiempo, y cuyos síntomas hemos reconocido claros y palpables en la autopsia que se ha hecho del cuerpo á presencia de todo un público; y cuantos á ella se encontraron presentes, por poco ilustrados, exentos de prevencion y desnudos de todo espíritu de partido, que se les suponga, han debido reconocer que la alteracion de las partes nobles del cuerpo, no debe legítimamente atribuirse sino á causas puramente naturales. Nos creeriamos culpables de un gran crimen, si, en un negocio de mayor importancia, como lo es éste, no se tributase á la verdad cuanta justicia debe esperarse de un hombre de probidad, tal como nos gloriamos de serlo.

El honor y la ciencia desmintieron oficialmente las suposiciones que la calumnia estaba interesada en extender: pero derrotada en un punto, se replegó sobre otro. El padre Marzoni, general de los conventuales de San Francisco, fué el amigo, y antiguo confesor de Clemente XIV. El soberano pontífice habia pertenecido á este instituto y Marzoni, que no se separó de su cabecera durante su larga agonía, jamas fué reputado como parcial tocante á los Jesuitas. Se

aprovecharon estas circunstancias; y se hizo correr la voz por Europa, de que el papa habia confiado á Marzoni su creencia de morir envenenado. Los hijos de San Ignacio se hallaban diseminados por el globo, mientras que sus enemigos de Francia y España disfrutaban en Roma de un crédito sin límites; el general de los franciscanos no retrocedió sin embargo ante el cumplimiento de un deber. El tribunal de la inquisicion le interrogó sobre esto, y él contestó con la declaracion siguiente:

"Yo, el que abajo firmo, ministro general de la órden de conventuales de San Francisco, sabiendo bien que por el juramento se pone por testigo de lo que se jura al Dios Soberano é infinitamente verdadero; estando cierto de lo que aseguro como tal, sin temor alguno, en presencia de Dios, quien sabe que no miento, y por estas palabras llenas de verdad, escritas y trazadas de mi propia mano, juro y atestiguó á todo el universo, que en ninguna circunstancia ni ocasion, Clemente XIV jamas me dijo, ni que habia sido envenenado, ni que habia sentido el menor síntoma de veneno. Juro igualmente que jamas he dicho, á persona alguna, sea cual fuere, que el mismo Clemente XIV me haya hecho esa confianza de haber sido envenenado, ó de haber sentido el menor síntoma de veneno. Dios me es testigo.

"Dado en el convento de los Doce Apóstoles de Roma, á 27 de Julio de 1775.

"Yo F. LUIS MARÍA MARZONI,
ministro general de la órden."

Clemente XIV no murió, pues, á manos de los Jesuitas; el hecho está atestiguado por los protestantes, por sus médicos, por sus amigos, por los destructores de la Compañía, y sobre todo por la evidencia; pero igualmente lo está que los Jesuitas murieron á manos del breve que aquel dictó. Ganganelli firmó su ruina sin quererlo. Un secreto deseo de elevarse hasta la Cátedra de San Pedro lisonjeó su corazón, y para satisfacer este deseo, el cardenal conventual se resignó á la injusticia. Siendo papa, se dejó arrastrar mas allá de sus previsiones. Se le puso al borde del abismo, lisonjeando su sed de popularidad; y se le precipitó hasta su fondo para escalar la Santa Sede y llegar mas presto á la revolucion que preparaban millares de espíritus turbulentos. Los Jesuitas ya no existen; pero los reyes católicos se comprometieron en su contra. Las pasiones de Carlos III, la baja codicia de José II, y la juventud de Luis XVI, hicieron imposible por entónces la rehabilitacion del Orden de San Ignacio. En 1769, los ministros de las cortes y los enciclopedistas llegaron á dominar á una fraccion del cónclave; é introdujeron en él la simonia, el miedo y la obediencia pasiva.

BIBLIOTECA CENTRAL
M. A. N. I.
M. A. N. I.

Un escándalo inaudito salió de esta intriga; y era preciso que ese escándalo produjese su fruto al perpetuarse (1). Una parte del Sacro Colegio fué débil una vez, y sacrificó la Compañía de Jesús y el honor de la Silla Apostólica á culpables maniobras y á tendencias mas culpables aun; y la casa de Borbon se ligó de nuevo para eternizar su ascendiente sobre los cardenales.

Los reyes temen ver á la Iglesia deshacer la obra de iniquidad que un papa se vió obligado á consumir. Clemente XIV, el instrumento de su cólera, habia descendido á la tumba; ellos acusan su memoria, y al mismo tiempo toman precauciones para que su sucesor se vea en la imposibilidad de ser equitativo. El 24 de Octubre de 1774, Luis XVI, apenas sentado sobre el trono, firmó las instrucciones siguientes, que el conde Gravier de Vergennes, su ministro de negocios extrangeros, habia redactado para gobierno de los cardenales de Luynes y de Bernis, que iban á entrar en el cónclave. Estas instrucciones secretas son una amarga censura del pontificado de Ganganelli; y revelan los verdaderos pensamientos de la corte romana respecto á la Sociedad de Jesús.

“La Iglesia, así habla el conde de Vergennes, acaba de ser privada de un gefe que la gobernaba con sabiduría y prudencia, y que la edificaba por su piedad y sus virtudes. La eleccion de su sucesor presenta tantas mas dificultades y embarazos, cuanto que sin contar el corto número de sugetos que se encuentran dotados de

(1) Un hecho que no carece de interes prueba la singular posicion en que, el breve *Dominus ac Redemptor* colocó á la corte de Roma. Con la mayor actividad se está siguiendo la causa de beatificacion del padre Pignatelli, y en la *positio supra introductione causa* (pág. 6 números 7 y 8 Romæ, 1842) leemos que entre las objeciones que presenta el promotor de la fe, respecto á la introduccion de la causa del venerable José María Pignatelli, propone la siguiente: “Se debe examinar si el siervo de Dios ha desaprobado ó no, de viva voz ó por escrito, el breve de supresion de la Compañía de Jesús y si se ha opuesto á él; y tanto mas, cuanto que se oyó al siervo de Dios decir á sus hermanos, cuando era profesor en Ferrara: “¿Qué motivo tenemos para affigirnos, cuando nos vemos inocentes de la desgracia que nos abruma? Son aun mas desgraciados los que han dado ocasion ó contribuido á la destruccion de nuestra Orden. Las lágrimas deben correr de sus ojos mas bien que de los nuestros.” El abogado de los Ritos contesta en las páginas 33 y 34, &c., que el siervo de Dios jamas pronunció una sola palabra contra el breve; ántes por el contrario, le aceptó y se sometió á él con resignacion. A la cita contesta diciendo: “Que bien pudo el siervo de Dios proferir aquellas palabras, en la inteligencia de creer y estar convencido de que los verdaderos enemigos de la Iglesia fueron los que emplearon toda clase de culpables intrigas para obtener del papa la supresion...” Trae como prueba de esto los testimonios de Voltaire, de D' Alembert y de otros filósofos.

Al presente, cuando la historia ha descornado el velo, se podrá esperar que el promotor de la fe creerá deber renunciar á una objecion que tiene la mas concluyente de las respuestas en los documentos emanados de todas las cancellerías, y que publicamos por la gloria de la justicia.

las cualidades eminentes que requiere el supremo sacerdocio, reina ademas entre los cardenales una sorda fermentacion que anuncia un cónclave de los mas borrascosos.

“El origen de esta fermentacion se encuentra en la administracion del difunto papa. El método que siguió constantemente de no consultar jamas á los cardenales sobre objeto alguno que interesase, ya al gobierno de la Iglesia, ya á la direccion temporal de sus Estados; y sobre todo, el proyecto que tuvo concertado con los soberanos de la casa de Borbon, para abolir el instituto de los Jesuitas, y que consumó, sin concurso ni participacion del Sacro Colegio, han excitado todo el resentimiento de los cardenales italianos, ó al ménos de su mayor parte, y les ha inspirado un odio indeleble hácia su persona y hácia su administracion. De aquí debemos deducir que los cardenales reprueban en el fondo de su corazon todas las operaciones de Clemente XIV, y que no desean sino medios y ocasion de echarlas por tierra. Esta opinion está justificada por cuantas noticias hemos recibido tocante á su disposicion é inclinaciones, que el mayor número de ellos no han cuidado de ocultar, y se puede concluir con cierta especie de evidencia, que todos los cardenales, sobre todo aquellos que están marcados como adheridos aun á la extinguida Sociedad, tienen pocas simpatías con la casa de Borbon y que deben esperarse los mayores esfuerzos de su parte para oponerse á la eleccion de un papa que reuniese los votos de las coronas.

“En este estado de cosas, monseñores los cardenales de Bernis y de Luynes van á entrar en el cónclave para la eleccion de un nuevo papa.

“La perfecta armonía que reina entre el rey y el monarca de España, ha determinado á su magestad á consultar á este principe sobre el partido que conviene tomar á las dos coronas, y de convenir con él en las medidas comunes y que será preciso tomar en un asunto tan interesante y delicado.

“Por la respuesta que su magestad católica ha dado, anuncia que las instrucciones que por su parte remita á su embajador en Roma, se reducirán en substancia “á que el rey Católico no piensa “que las dos coronas deben dar á sus ministros instrucciones precisas y positivas relativamente á los sugetos capaces ó no; que estas “instrucciones no pueden ser redactadas sino con vista de los informes de los respectivos ministros, y será mas natural confiar á “su discrecion y á su conducta la totalidad de la negociacion, y “dejarles el cuidado de alimantar las buenas disposiciones de los “cardenales en quienes reconozcan ideas conformes á sus miras, y “de alejar á aquellos cuyas mismas disposiciones no sean tan satisfactorias como desearíamos, y de oponerse, por último, absolutamente, si es preciso, á la exaltacion de otros, particularmente

“de los que sean partidarios de los Jesuitas, sobre quienes funden éstos todas sus esperanzas.”

“Como el rey no se encuentra ménos animado que el rey su tío, del celo mas puro por el bien de la religion, y del deseo mas vivo por el mantenimiento de la paz de la Iglesia, su magestad está resuelto á conformarse en un todo con las disposiciones de su magestad Católica, y á obrar juntamente con ella en igual uniformidad de principios, de sentimientos y de miras, respecto á la eleccion de que se va á ocupar el Sacro Colegio. En su consecuencia, la intencion de su magestad se reduce á que monseñores los cardenales de Bernis y de Luynes arreglen su conducta y todos sus pasos con el conde de Floridablanca, que obrén en todo caso con el mas perfecto acuerdo con este ministro, y que reúnan todos sus esfuerzos y sus medios á los de aquel para que el Sacro Colegio eleve sobre la Cátedra de San Pedro un papa que lleve por delante en el gobierno de la Iglesia el espíritu de caridad, de concordia y de paz; que prefiera constantemente á los medios violentos el camino de la dulzura y de la moderacion, y que sepa conciliar las prerogativas y las pretensiones de la Santa Sede con las consideraciones debidas á los legítimos derechos de las coronas. A mas de eso no seria ménos importante el vigilar que no ascendiese á la Cátedra de San Pedro un papa de limitados alcances y de carácter débil y susceptible de dejarse dominar, para prevenir que con las mejores y mas piadosas intenciones no llegase á ser un agente de las pasiones de los espíritus turbulentos que pudieran sorprender su religiosidad y confianza, y renovar por este medio las revueltas que tanto ha costado el apagar.”

“Tal es el voto cumun de los dos soberanos. Estos no tienen ninguna clase de predileccion personal por este ó el otro cardenal en particular, y se fian sobre esto en sus ministros respectivos, tanto para la eleccion que ha de hacerse de un soberano pontífice como para la exclusion que crean oportuno dar á los candidatos que reputen indignos de ser revestidos de tan sublime carácter.”

“Esta exclusion ha parecido al rey de España digna de meditar, y el príncipe, según los informes que ha recibido del conde de Floridablanca, ha indicado exactamente los diferentes sugetos que merecen el voto de las dos coronas, y los que no podrian convenir á éstas, á causa de su tenacidad en las principios ultramontanos, ó por ser partidarios declarados de los Jesuitas. Los primeros (independientemente del cardenal Sersale) son los cardenales Negroni, Simone, Casali, Marefoschi, Malvezzi, Zelada, Corsini y Conti; y entre los segundos, su magestad Católica distingue á los que no se deberá sino evitar en lo posible, tales como los cardenales Boschi, Coloma, Caraccioli, Fautuzi, y quizá Vizconti; de los que es preciso oponerse á su eleccion absolutamente, tales como

los cardenales Castelli, Rossi, Buffalini, Pamfili, Paracciani, Borromeo, Spinola, Calini, Torregiani, Buonacorsi, Giraud y los Lanzes.

“La intencion del rey es que monseñores los cardenales de Bernis y de Luynes sigan esta distincion en todos sus puntos á ménos que circunstancias particulares y conocimientos mas profundos que los del conde de Floridablanca, no les hagan variar de opinion sobre alguno de los cardenales que van nombrados; en cuyo caso la participarán á ese ministro, y harán lo posible por convencerle, á fin de que su modo de pensar respecto á los mismos sugetos sea enteramente conforme al suyo. Sin embargo, si al fin el ministro español no cediese, deberán hacerle el sacrificio de su opinion particular.”

De este modo la Francia contribuía plenamente á las venganzas del rey de España, cuyo motivo ignoraba. Luis XVI y Vergennes, se asociaban á las iniquidades pasadas; y ya que la Sociedad de Jesus habia sido aniquilada, á pesar del Sacro Colegio y del voto casi unánime del episcopado y de los católicos, se queria eternizar la proscripcion, dando á la iglesia un papa a gusto de las potencias y de los enciclopedistas. Poco mas ó ménos, este cónclave se componia de los mismos elementos que el de 1769. Los últimos años del pontificado de Ganganelli, la lucha interior que éste habia sostenido, los ultrajes que habia sufrido, su demencia, y su muerte que tanto dió que meditar, todo esto se presentó á la mente de los cardenales. Desde el fondo de sus celdas en el Vaticano, oian los insultos y la befa con que el pueblo romano cargaba la memoria de Clemente XIV. Ellos mismos habian sido testigos de los escándalos que precedieron y siguieron á su eleccion; y su recuerdo les causaba rubor. Nadie era tan osado que quisiese continuarlos; y el 15 de Febrero de 1775 el cardenal Angel Braschi fué nombrado papa.

Educado entre los Jesuitas, siempre habia sido afecto al instituto y á sus primeros maestros; no ocultó sus inclinaciones como discípulo y como pontífice, y esto no impidió que fuese electo por unanimidad. Braschi respetaba la memoria de su predecesor, aunque de carácter totalmente opuesto al de aquel, reunia en sí suficiente virtud, valor, grandeza y magestad para hacerle olvidar ó para reparar su error.

Pio VI, cuyo advenimiento saludaba con amor el pueblo romano, cuyo fausto y caridad le encantaban, comprendió al ascender al trono la indefinible posicion en que Ganganelli se habia colocado. Clemente XIV habia arrojado un largo fermento de discordia en la Iglesia; y al disolver la Orden de San Ignacio de Loyola, sin juzgarla y sin condenarla, habia puesto en duda la obra de todos los pontífices desde Paulo III hasta Clemente XIII. Por